
ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitación en una cárcel.

Entran el DUQUE, disfrazado de fraile, CLAUDIO
y el ALCAIDE.

DUQUE. De Angelo, el delegado, por lo visto,
¿Esperáis el perdón?

CLAUD. Del miserable
Única medicina es la esperanza.
Preparado á morir, vivir espero.

DUQUE. Si resignado estáis con vuestra suerte,
El vivir ó el morir será más grato.
Argüid con la vida de este modo:
Si te perdiere, perderé una cosa
Que imbéciles tan sólo conservaran.
Mero hábito eres que esclaviza
Cuanto cambio atmosférico persigue
A esta mansión que sin cesar ocupas.
Eres mero ludibrio de la muerte,
Pues tratas de eludirla en tu carrera
Y corries á encontrarla, sin embargo.

No eres noble, pues todas tus ventajas
Recabar te precisa con bajezas.
Ni eres valiente, pues el dardo agudo
Del mísero gusano te acobarda.
Es el descanso más perfecto el sueño,
Que á menudo provocas, y á la muerte
Que es eso sólo, con espanto miras.
Ni aun eres tú tu misma, pues te forman
Millones de partículas de polvo.
Ni eres feliz, pues lo que no posees
Es lo que tratas de adquirir, y olvidas
Lo que ganaste ya. Ni eres constante,
Pues que cambia tu sér como la luna.
Si eres rica, eres pobre, pues cual asno
Llevando tus riquezas ponderosas
Oprimen tus espaldas los lingotes
Una jornada sólo, cuando llega
La muerte y te descarga. Tú no tienes
Un amigo siquiera. Tus entrañas
Que acatándote están, emanaciones
Cual son de tu sér íntimo, maldicen
La gota, la ciática y la lepra
Por no acabar contigo más aprisa.
Ni eres vejez, ni juventud, tan sólo
Siesta que sueña con las dos á un tiempo,
Pues tu tan grata juventud mendiga,
Caduca, de vejez paralizada;
Y la vejez, enriquecida, exenta
De pasiones, de fuerza y de hermosura,
De esas riquezas disfrutar no puedè.
¿Qué es este todo que se llama vida?
Vida que encierra muertes á millares,
Y la muerte, no obstante, nós asusta

Que todas estas diferencias salda.

CLAUD. Humildes gracias aceptad. Ya veo
Que queriendo vivir la muerte busco,
Y muriendo, la vida. ¡Pues que venga!

ISABEL. (Dentro.) Paz y gracia de Dios en este sitio.

ALCAI. ¿Quién es? Podéis entrar. Ese saludo
Merece que se os dé la bienvenida.

DUQUE. Volveré, mi hijo amado, á visitarte.

CLAUD. Santísimo varón, humildes gracias.

Entra ISABEL.

ISABEL. Dos palabras hablar con Claudio quiero.

ALCAI. Vuestra hermana, señor.—Muy bien venida.

DUQUE. Una palabra, alcaide.

ALCAI. Cuantas fueren.

DUQUE. Llevadme adonde, oculto, pueda oírlos.

Vanse el Duque y el Alcaide.

CLAUD. ¿Algún consuelo, hermana, puedes darme?

ISABEL. Sí. De entre todos, el mejor consuelo.

Angelo asuntos con los cielos tiene,

Y allí de embajador quiere que vayas

Donde serás eterno intermediario.

Prepárate, por tanto, de seguida,

Porque mañana emprendes el viaje.

CLAUD. ¿No hay recurso?

ISABEL. Ninguno; que el recurso

Sólo para salvar una cabeza

Es el que en dos un corazón se parta.

CLAUD. ¿Pero un recurso existe?

ISABEL. Existe, hermano.

Puedes vivir. Diabólica clemencia

Al juez anima. Si implorarla quieres,
La vida salvarás, pero aherrojado
Por siempre te has de ver.

CLAUD. Prisión perpetua.

ISABEL. ¡Ah! sí. Prisión perpetua. Prisionero
Aunque del universo el ancho espacio
Para poder vagar te concediesen.

CLAUD. ¿Pero cómo?

ISABEL. De un modo que, aceptado,
De la honra á tu sér descortezaras,
Dejándolo desnudo.

CLAUD. Sepa el cómo.

ISABEL. ¡Ay! de ti, Claudio, desconfío. Temo
Que á esta vida febril amor te una;
Que seis ó siete inviernos más estimes
Que honra eterna. ¿A morir, dime, te atreves?
El dolor del morir es ilusorio,
Y el pobre escarabajo que se pisa
Tan grande pena corporal padece
Como sufre muriéndose el gigante.

CLAUD. ¿Poi qué me ofendes? ¿Piensas que argumentos
Sacaré de flaquezas femeniles?
Si he de morir, como á la esposa mía,
Estrecharé á la noche entre mis brazos.

ISABEL. ¡Ese mi hermano es! ¡Esas palabras
Salieron del sepulcro de mi padre!
Sí, morirás, pues eres harto noble
Para arrostrar vilmente la existencia.
Ese santo fingido, el delegado,
De adusto rostro, y cuya voz pausada
Hiere á la juventud y á las locuras
Enjaula cual halcón á las gallinas,
Es, sin embargo, un Lucifer. El cieno

En su sér contenido, desbordado,
Charca más grande que el infiero fuera.

CLAUD. ¡Angelo el justo!

ISABEL. Con maligna astucia

Falaz librea le prestó el infierno,
A fin de que su cuerpo maldecido
Adorne y cubra de devotas galas.
¿Qué te parece, Claudio? Mi pureza
Entregándole yo, te salvarías.

CLAUD. ¡Oh cielos, no es posible!

ISABEL. Te salvaras.

Con tan inmundo crimen tu camino
Podrías proseguir sin de él cuidarte.
Esta noche es el tiempo prefijado;
Si no, mueres mañana.

CLAUD. Tú rehusas.

ISABEL. ¡Oh, si fuera mi vida, por salvarte
Como si fuese un alfiler la diera!

CLAUD. Gracias, cara Isabel.

ISABEL. Para tu muerte

Mañana debes prepararte, Claudio.

CLAUD. Sí. ¿Le animan pasiones que le inducen
A la ley afrontar en el momento
Que pretende aplicarla?—Pues pecado
No es, ó es el menor de entre los siete.

ISABEL. ¿Y cuál es el menor?

CLAUD. Mortal si fuera,

¿Un sabio como él, por breve goce
Eternamente á condenarse iba?
¡Oh, Isabel!

ISABEL. ¿Qué me dices tú, mi hermano?

CLAUD. La muerte es espantosa.

ISABEL. Aborrecible

La vida sin honor.

CLAUD. ¡Ay Dios! Morir, y no saber adónde
 Vamos después. Yacer en lecho helado,
 Y podrirnos, arcilla deleznable
 Ser el sensible, ardiente, activo cuerpo.
 En ígneos océanos sumergirse
 Nuestro fecundo espíritu, ó regiones
 Tiritando habitar de espeso yelo,
 Ó preso en huracanes intangibles
 Llevado ser con incesante fuerza
 Alrededor del mundo en el espacio;
 Y sufrir mucho más de lo que sufren
 Quienes, desordenados, dando aullidos
 Caprichosas imágenes se forjan,
 Horrible es por demás. En este mundo
 La vida más penosa y detestable
 Que el dolor, la vejez, ó la penuria,
 Ó la prisión á nuestro sér impongan,
 Un paraíso es, si se compara
 Al terror que la muerte nos infunde.

ISABEL. ¡Ay Dios! ¡Ay Dios!

CLAUD. Querida hermana mía,
 Haz por que viva yo. Cualquier pecado
 Con que la vida de un hermano salvas,
 Por la naturaleza se condona
 Y en virtud casi se convierte.

ISABEL. ¡Oh fiera!
 ¡Oh cobarde sin fe! ¡Vil, miserable!
 ¿Hombre hacerte pretendes con mi crimen?
 ¿No es casi incesto, di, que vida forjes
 Con el oprobio de tu propia hermana?
 ¿Qué debo yo pensar? Dios no permita
 Que fuera infiel mi madre hacia mi padre;

Mas retoño tan vil y tan indigno
 De su sangre emanar es increíble.
 Yo te repudio. Muérete. Perece.
 Si tuviese tan sólo que agacharme
 Para salvarte á ti, ni aun eso haría.
 Rezaré veces mil por que te mueras;
 Para salvarte ni abriré los labios.

CLAUD. Escúchame, Isabel.

ISABEL. ¡Oprobio! ¡oprobio!
 Accidental en ti no ha sido el vicio.
 Es tu alimento. Meretriz sería
 Para ti la clemencia. Es conveniente
 Que pronto mueras. (Retirándose.)

CLAUD. Isabel, escucha.

Vuelve á entrar el DUQUE.

DUQUE.—Hermanita, una palabra, una palabra no más.

ISABEL.—¿Qué queréis?

DUQUE.—Si del tiempo necesario dispusieras, desearía hablarte. Satisfacción sería para mí y provecho para ti.

ISABEL.—No tengo mucho tiempo que perder. Mi permanencia en este sitio es á costa de otros quehaceres; pero me esperaré para oiros.

DUQUE.—Hijo mío, he oído vuestra conversación. Angelo jamás ha pensado en prostituirla. Ha querido únicamente poner á prueba su virtud á fin de ejercitarse en el conocimiento de los caracteres humanos. Ella, naturalmente honrada, le ha dado la virtuosa negativa que con grande satisfacción ha recibido. Soy confesor de Angelo, y sé que lo que digo es la verdad. Por lo tanto prepárate para morir, y no decaiga tu ánimo con espe-

ranzas ilusorias. Mañana vas á morir. De rodillas, pues, y prepárate.

CLAUD.—Dejad que pida perdón á mi hermana. Tan desencantado estoy de la vida, que clamo por que me la quiten.

DUQUE.—Ateneos á eso. Adiós. (Vase Claudio.)

Vuelve á entrar el ALCAIDE.

Alcaide, una palabra.

ALCAI.—¿Qué queréis, padre?

DUQUE.—Que os vayáis por donde vinisteis. Dejadme un momento con esta joven. Mi carácter cuadra con mi hábito. Nada puede perder en mi compañía.

ALCAI.—En hora buena. (Vase.)

DUQUE.—La mano que te ha hecho hermosa, honrada te ha hecho también. Si la hermosura desprestigia á la virtud, pronto se gasta la virtud de la hermosura; pero como la pureza es el alma de tu sér, tú siempre conservarás tu hermosura. La suerte me ha enterado de la ofensa que Angelo te ha inferido; y si no fuera porque ejemplos hay de fragilidades semejantes, me maravillaría su conducta. ¿Qué vas á hacer para satisfacer al delegado y salvar á tu hermano la vida?

ISABEL.—Ahora mismo voy á desengañarle. Antes quiero que por mano de la ley mi hermano muera, que hijo ilegítimo me nazca. Pero ¡cuán engañado está en Angelo el buen Duque! Si torna y puedo hablarle, ó en vano habré abierto mis labios, ó lo habré desenmascarado.

DUQUE.—No harías mal con eso; pero en el estado en que está este asunto, Angelo eludirá tu acusación. Trató sólo de ponerte á prueba; por lo tanto, presta atención

á mis consejos. A mi deseo de hacer el bien, un remedio se presenta. Estoy segurísimo de que puedes honradamente hacer un servicio merecido á una pobre dama maltratada, redimir á tu hermano de las garras de la ley, librar de mancha tu cuerpo, y cumplidamente complacer al ausente Duque, si acaso aquí tornase y oyere hablar acerca de este asunto.

ISABEL.—Explicaos. Tengo el necesario valor para llevar á cabo cuanto no pareciese indigno ante la luz de mi alma.

DUQUE.—La virtud es atrevida, y la honradez nada teme. ¿No has oído hablar de una tal Mariana, hermana de ese gran soldado Federico que murió en el mar?

ISABEL.—He oído hablar acerca de esa dama, y frases de encomio han acompañado siempre á su nombre.

DUQUE.—Con Angelo debiera haberse casado. Háblele jurado su fe, y fijada estaba la época de su enlace; pero mientras tanto Federico naufragó en alta mar, y en el buque en que iba perdióse también la dote de Mariana; y observa cuán tremenda fué esta catástrofe para la dama. Allí perdió á su noble y célebre hermano, que la amaba entrañablemente; con él su herencia, la base de su fortuna, su dote, y también á su prometido el hipócrita Angelo.

ISABEL.—¿Es posible? ¿Angelo la abandonó?

DUQUE.—Abandonóla á sus lágrimas, y ni una sola secó para consolarla. Tragóse de un golpe sus juramentos, so pretexto de haber sabido cosas que la deshonoraban. En una palabra, relególa á sus lamentaciones, que todavía por amor á él continúa; y él, estatua de mármol, lavar se deja con sus lágrimas, pero no se apiada de ellas.

ISABEL.—Meritorio acto sería en la muerte quitar á esta infeliz mujer del mundo. ¡Cuánta injusticia hay en

esta vida al permitir que viva semejante hombre! Pero de todas estas circunstancias, ¿qué ventaja puede sacar ella?

DUQUE.—La herida suya puedes fácilmente cerrar. Su cura no sólo salva á tu hermano, sino que hacerlo puedes sin deshonra.

ISABEL.—Decidme cómo, padre mío.

DUQUE.—Esta dama todavía conserva su primer amor. La crueldad, que debiera haberlo anulado, cual estorbo opuesto á la corriente, lo ha desordenado y fortalecido. Busca á Angelo. Contesta con aparente conformidad á su demanda; pero imponle estas condiciones: que no estarás con él largo tiempo; que la hora de la cita ha de ser garantía de silencio y soledad, y en sitio oportuno. Esto convenido, oye lo que sigue: arreglaremos que esa dama acuda en lugar tuyo al sitio, y te sustituya; y averiguado más tarde que hubo semejante encuentro, Angelo obligado se verá á subsanar su falta. Así se salva tu hermano, tu honor queda sin tacha, la pobre Mariana sale gananciosa, y queda patente la infamia del delegado. A la dama hablaré yo para prepararla. Si haces esto, el duplicado beneficio que resulta absuelve la superchería que cometemos. ¿Qué te parece?

ISABEL.—Me encanta la idea, y es de esperar que llevaremos el asunto á feliz término.

DUQUE.—Mucho depende de tu entereza. Si Angelo solicita ocupar tu lecho esta noche, accede. Yo me voy á San Lucas, donde en la cercada alquería habita Mariana. Búscame allí. Arréglalo con Angelo y prontamente.

ISABEL.—Gracias, padre mío, por el consuelo que me traéis.

(Vanse por distintos lados.)

ESCENA II.

Calle ante la cárcel.

Entran por un lado el DUQUE, disfrazado de fraile, y por el otro CODO y otros ALGUACILES con POMPEYO.

CODO.—Pues si preciso es que compréis y que vendáis hombres y mujeres, el mundo entero acabará hasta por beber vino bastardo.

DUQUE.—¡Santos cielos, cuánta necesidad!

POMP.—Alegría alguna hay en el mundo desde que se ha prohibido la más agradable de sus dos usuras, y la ley consiente que la más perversa vista gabán de pieles para abrigarse. Con pieles de carnero por dentro y de zorro por fuera, para que se vea que la astucia, más rica que la inocencia, sirve para las vueltas.

CODO.—Vamos andando. Dios os bendiga, buen padre fraile.

DUQUE.—Y á vos, buen hermano padre. ¿Qué delito os hace llevar preso á ese hombre?

CODO.—Pues, señor, ha ofendido á la ley, y además creemos que acaso sea también ladrón, porque hemos encontrado en poder suyo rarísima gonzúa que enviamos al delegado.

DUQUE. ¡Qué vergüenza, rufián, rufián indigno!
 ¿Fomentar el pecado te procura
 Tu modo de vivir? Recapacita
 Lo que es llenar el buche, ó las espaldas
 Cubrir por medio de tan torpe vicio.
 Háblate al alma y dite: Bebo y como

Y visto con comercio tan infame.
 ¿Tan hedionda vida juzgas vida?
 Anda, véte y enmiéndate; anda, véte.

POMP.—Verdad es que, hasta cierto punto, hiede; pero, sin embargo, yo argüiría.....

DUQUE. Pues si argumentos te sugiere el diablo,
 Suyo eres ya. Llévaoelo á la cárcel,
 Alguacil; el castigo y la doctrina
 Han de operar en él antes que logre
 Tan inculto salvaje corregirse.

CODO.—Señor, tiene que ir ante el delegado. Ya le amonestó una vez. El delegado detesta á los rufianes, y si resulta serlo y ante él aparece, más le valiera hallarse á una milla de distancia.

DUQUE. Pluguiera á Dios que todos fuesen buenos
 Como algunos lo ostentan con falsía;
 Exentos de las faltas que tenemos,
 Y exentos de falaz hipocresía.

CODO.—Su cuello va en busca de lo que os ciñe la cintura, de una cuerda.

POMP.—Consuelo atisbo. Tengo fiador. Este caballero es amigo mío.

Entra LUCIO.

LUCIO.—Hola, noble Pompeyo. ¿Amarrado á las ruedas del carro de César? ¿Vas en triunfo? ¿Has dado fin á esas estatuas de Pigmalión recién transformadas en mujeres, venales con sólo introducir la mano en el bolsillo y sacarla cerrada? ¿Qué me respondes? ¿Te agrada esta canción, y su letra y su compás? ¿Ha ahogado tu voz el último aguacero? Vaya, ¿qué respondes? Dime, hombre, ¿anda el mundo como andaba, ó cómo? ¿Cabiz-

bajo y silencioso, ó de qué otra manera? Dime, ¿cómo va?

DUQUE.—Siempre, siempre el mismo y de mal en peor.

LUCIO.—¿Cómo está mi mejor bocado, tu ama? ¿Sigue terciando?

POMP.—La verdad es que acabó con su propia carne, y ahora está en el baño tomando sudores.

LUCIO.—¡Muy bien! Es lo justo, lo que debe ser. Siempre entre mujerzuelas noveles ó aderezadas: Consecuencia precisa: lo que debe ser. ¿Vas á la cárcel, Pompeyo?

POMP.—Sí, á fe.

LUCIO.—Vaya, pues no es desgracia, Pompeyo. Adiós. Anda y di que yo te envío. ¿Vas, Pompeyo, por deudas, ó por qué?

CODO.—Por rufián, por rufián.

LUCIO.—Pues entonces, á la cárcel con él, sí. Al rufián le corresponde la cárcel, es de derecho suya. Rufián es sin género de duda y de há tiempo: rufián nato. Adiós, buen Pompeyo. Memorias á la cárcel, Pompeyo. Ahora vas á ser buen marido; te quedarás en casa.

POMP.—Señor, confío en que Vuecencia será mi fiador.

LUCIO.—De seguro que no, Pompeyo. De ninguna manera. Eso no se estila. Oraré por que se prolongue tu cautiverio como no lo soportes con resignación. ¡Vaya! Tienes demasiado genio. Adiós, leal Pompeyo. Dios os bendiga, fraile.

DUQUE.—Y á vos.

LUCIO.—¿Se pinta Brígida todavía, Pompeyo?

CODO.—Siga su camino, caballero. Vamos.

POMP.—¿Con que no seréis mi fiador, entonces?

LUCIO.—Ni entonces, ni ahora, Pompeyo. ¿Qué pasa por ese mundo, padre? ¿Qué noticias tenéis?

CODO.—Vamos andando, vamos.

LUCIO.—Vete á la perrera, véte.

(Vanse Codo, alguaciles y Pompeyo.)

¿Qué noticias tenéis del Duque, padre?

DUQUE.—Nada sé. ¿Qué sabéis vos?

LUCIO.—Unos dicen que está con el Emperador de Rusia, y otros que se fué á Roma. Pero vos, ¿dónde creéis que está?

DUQUE.—Lo ignoro; pero en donde quiera que esté le deseo salud.

LUCIO.—Caprichosa demencia fué la suya escapándose de su reino, y asumiendo una pobreza para la cual no ha nacido. Su Excelencia Angelo, cual Duque se pavonea en su ausencia. Apura á los que ofenden.

DUQUE.—Hace bien.

LUCIO.—Un poco de más suavidad para con la concupiscencia no le dañaría. Tratándose de eso, es algo áspero, padre.

DUQUE.—Es vicio harto común, y la severidad debe curarlo.

LUCIO.—Sí, verdad es. Ese vicio tiene mucha parentela y está bien relacionado; pero es imposible extirparlo en completo, padre, como no se extirpara también el comer y el beber. Dícese de este señor Angelo que no fué nacido de varón y de mujer según el uso establecido para las gentes. ¿Créis que sea esto verdad?

DUQUE.—¿De qué otra manera pudo ser formado?

LUCIO.—Dicen algunos que lo desovó una sirena, y otros que fué engendro de dos bacalaos; pero la verdad es que orina hielo fundido. Eso me consta, y, además, que es un títere incapaz de generar. Eso no tiene duda.

DUQUE.—Festivo sois y habláis sin ton ni son.

LUCIO.—¿Pues no es despiadada hazaña la suya? ¿Quitar la vida á uno por naturalísima rebeldía? ¿Hubiera consentido esto el ausente Duque? Antes de permitir que se ahorcara á un hombre por engendrar cien bastardos, pagado hubiera el gasto de criar á mil. Le inspiraba cierta simpatía la diversión. Conocía el oficio, y eso lo hacía misericordioso.

DUQUE.—Jamás he oído decir que el ausente Duque fuera aficionado por demás al sexo. No tenía semejantes inclinaciones.

LUCIO.—¡Ah, señor, cuán engañado estáis!

DUQUE.—No es posible.

LUCIO.—¿Que no? ¿Que el Duque no? Pues sí. Brioncillo de cincuenta años; y acostumbraba echar su ducado en el plato petitorio. Tenía sus caprichos, y también, para que lo sepáis, se embriagaba.

DUQUE.—Seguramente le ofendéis.

LUCIO.—Era yo íntimo suyo, señor mío. Ladino era el Duque, y creo saber la causa de su ida.

DUQUE.—¿Cuál fué la causa? Ruego me lo digáis.

LUCIO.—No; perdonadme. Secreto es que debo encerrar entre los dientes y los labios; pero esto sí os diré. La generalidad de sus súbditos suponen que el Duque es discreto.

DUQUE.—¿Discreto? ¿Quién lo duda?

LUCIO.—Hombre superficial, ignorante y de poco peso.

DUQUE.—Esto es en vos, ó envidia, ó locura, ó mala inteligencia. El curso entero de su vida y los negocios que ha timoneado garantizan, si fuese necesario, que es merecedor de otra fama. Júzguense sólo sus actos, y la envidia misma tendrá que reconocer en él al docto, al literato, al estadista y al soldado. Por lo tanto, habláis

sin saber lo que decís, ó, si por ventura lo sabéis, enturbia la perversidad vuestra inteligencia.

LUCIO.—Lo conozco y lo estimo.

DUQUE.—Si lo estimarais, hablarais de él con mayor conocimiento; y si lo conocierais, de él hablariais con mayor estimación.

LUCIO.—Sé lo que sé, señor mío.

DUQUE.—Apenas puedo creerlo, pues no sabéis lo que decís. Pero si acaso retorna el Duque—como á Dios se lo pido,—os prevengo que tendréis que responder ante él de lo que habéis afirmado. Si es verdad lo que decís, tendréis el valor de mantener ante él vuestras afirmaciones. Me es forzoso citaros, y os ruego que me digáis vuestro nombre.

LUCIO.—Me llamo Lucio, conocidísimo del Duque.

DUQUE.—Os conocerá aún mejor si Dios me da vida.

LUCIO.—No os temo.

DUQUE.—¡Ah! Esperáis que el Duque no vuelva jamás, ó me juzgáis adversario poco temible. Pero, verdaderamente, poco daño puedo haceros, porque no mantendréis lo que habéis dicho.

LUCIO.—Que me ahorquen si no. No me conocéis, fraile. Pero no hablemos más de este asunto. ¿Sabéis si Claudio va á morir mañana?

DUQUE.—¿Por qué ha de morir?

LUCIO.—¡Bah! Por haber llenado con embudo una botella. ¡Ojalá tornara el Duque de quien hemos hablado! Este abstigente delegado va á despoblar el país con su continencia. No permite ni que los gorriones aniden en el alero de su tejado, porque los considera incontinentes. El Duque, por lo menos, dejaba en la obscuridad lo que en la obscuridad ocurría. ¡Ojalá tornara! ¡Vaya, condenar

á muerte á este Claudio por desfardar! Adiós, buen padre. Rogad por mí. El Duque, como os lo repito, capaz es de comer carnero los viernes. Todavía colea, y habéis de saber que besaría á una fregona aunque oliera á pan bazo y á ajos. Decid que yo lo digo. Adiós.

(Vase.)

DUQUÉ. Ni al eminente ó poderoso es dado
 La crítica evitar en esta vida,
 Que la calumnia vil al más honrado
 No perdona en su pérvida embestida.
 La atesorada hiel, ¿qué rey potente
 Puede atajar de lengua maldiciente?

Entran ESCALO, el ALCAIDE y ALGUACILES, con
 DOÑA RECOCIDA.

ESCALO.—Idos. Lleváosla á la cárcel.

RECOC.—Excelentísimo señor, apiadaos de mí. Es Vucencia, según fama, hombre misericordioso, excelentísimo señor.

ESCALO.—¡Amonestada por segunda y tercera vez, y seguir en el propio tráfico! Capaz es eso de hacer á la misma misericordia blasfemar y tiranizar.

ALCAI.—Zurcidora de voluntades once años consecutivos, excelentísimo señor.

RECOC.—Señor, quien me denuncia es un tal Lucio. Catanilla Estirada de él encinta estuvo en tiempo del Duque. Dióle palabra de casamiento. Su hijo cumplirá un año y tres meses por San Felipe y Santiago. Yo he guardado el secreto, y ved cómo se porta conmigo.

ESCALO.—Ese es un joven por demás licenciado. Citadlo ante mí. Lleváosla á la cárcel. Idos. Silencio,

(Vanse los alguaciles con doña Recocida.)

Alcaide, mi compañero, su excelencia Angelo, no cede. Claudio debe morir mañana. Auxílienle teólogos, y que tenga cuanto reclama la caridad. Si en mi compañero influyera la lástima mía, Claudio no se viera en este trance.

ALCAI.—Este fraile, señor, con él ha estado y lo ha preparado para morir.

ESCALO.—Dios os guarde, padre.

DUQUE.—La dicha y la paz sean con vos.

ESCALO.—¿De dónde sois?

DUQUE. No soy de este país, pero el destino
Ahora aquí me conduce. Soy hermano
De Orden sagrada, y de la Santa Sede
Por encargo especial del Papa vengo.

ESCALO.—¿Qué hay de nuevo por ese mundo?

DUQUE.—Nada. Sólo que es tan grande la fiebre que padece la integridad, que su disolución será su cura. La novedad es lo único que priva, y tan peligroso es persistir en cualquier senda, como aceptable en toda empresa la inconstancia. Vida apenas tiene la honradez para dar seguridad á las gentes, pero hay seguridad bastante para maldecir de ella. En torno de este enigma gira principalmente la ciencia del mundo. Noticias añejas son, pero son noticias de todo tiempo. Ruego, señor, que me digáis qué condiciones de carácter tenía el Duque.

ESCALO.—Carácter que, ante todo, le inducía á conocerse á sí propio.

DUQUE.—¿Qué le divertía?

ESCALO.—Le agradaba más observar el ajeno contento

que cuanto se suponía había de regocijarle. Caballero de templanza extremada. Pero dejémosle seguir su destino y roguemos que próspero sea. Desearía conocer el estado en que habéis dejado á Claudio. Según entiendo, lo habéis visto.

DUQUE.—Reconoce que la sentencia del juez no es injusta, y de buena voluntad se humilla ante la ley. Sin embargo, le había inducido su flaqueza á forjarse ilusiones engañosas, que yo oportunamente he desvanecido, y ahora está dispuesto á morir.

ESCALO.—Habéis cumplido con el cielo ejerciendo vuestras funciones con el sentenciado, pagándole la deuda que vuestro ministerio os impone. He trabajado en pro de ese pobre joven hasta donde mi atrevimiento me lo consentía; pero tan severo se ha mostrado mi colega, que me he visto obligado á decirle que verdaderamente es la justicia.

DUQUE.—Si su propia vida corre de conformidad con esta conducta, bien le estará; pero si por ventura fallare, se dicta su propia sentencia.

ESCALO.—Voy á ver al preso. Pasadlo bien.

DUQUE.—Dios os guarde.

(Vanse Escalo y el Alcaide.)

El que en su mano tener
Logra del cielo la espada,
De virtud acrisolada
Y severo debe ser.
Modelo se ha de mostrar,
Y al mundo debe pedir
Gracia para resistir,
Virtud para caminar.
A otros imponga la pena

Que á sí propio se impondría,
Que es vil quien matar sabría
Cuando á sí no se refrena.
Angelo, infame mil veces
Eres tú, que en los demás
El vicio escardando vas
Que en tu mismo pecho creces.
¡Cuánto mal el hombre entraña
Aunque un ángel nos parezca!
Quizá el vicio lo envilezca
Y al mundo tal vez engaña.
Quizá en las redes sutiles
Que está con dolo tejiendo,
Astuto va recogiendo
Preciosos dones á miles.
Contra tu astucia verás,
Angelo, astucia empleada;
Con tu antigua desposada
Esta noche dormirás.
Otro engaño contrapesa
Tu engaño y tu villanía;
Por medio de otra falsía
Vas á cumplir tu promesa.
